

José Lamperein

El traslado



MANECIO con la boca reseca, como de goma. Aunque su cuerpo entero seguía soñoliento, la decisión del día anterior se le presentó clara y completa de inmediato. Comprobó satisfecho la firmeza de su propósito y halló en ello una nueva prueba de su justicia.

Mientras terminaba de abrir cuidadosamente los ojos, picantes e hinchados por el mucho whisky que bebió el día anterior y por la fuerza del sol de la mañana, se incorporó y estiró la mano hacia el velador en busca de lo poco que quedaba en la botella. Sabiendo que a esa hora no podría soportar el licor puro que acostumbraba, tomó también el vaso de agua que dejara para el caso, mientras una sonrisa de íntima satisfacción distendía la flaca piel de su cara al constatar la exactitud de sus previsiones de la noche.

Al llevarse a la boca ansiosa la botella, listo en la otra mano el vaso de agua que le apagaría el ardor, miró el reloj de la cómoda que marcando con sus manecillas en línea, las seis de la mañana, lo invitaba a una mayor complacencia por haber pensado tan justamente que con la persiana abierta el sol lo despertaría una hora antes de lo acostumbrado.

Bebió tres bocanadas rápidas y amplias, con los ojos cerrados, casi como un remedio, y escuchó en seguida con placer el glu glu

del agua suavizante que refrescaba sus fauces secas y quemadas por el alcohol.

Esta vez mejor que nunca, y nunca antes bebió tan de madrugada, sintió el delicioso hormigueo que desde los pies avanzaba por su cuerpo produciéndole esa pura sensación de dejadez y abandono a que había venido acostumbrándose.

Con un hondo quejido de alivio, se dejó caer con suavidad sobre la almohada, blandamente decidido a aprovechar la beatitud de su estado. Vaso y botella, vacíos, rodaron de sus manos y por algún misterioso azar evitaron caerse al suelo.

Con una mirada tenue que cubría distraída el cielo desnudo y blanco de la pieza, se dispuso casi sin darse cuenta a hacer lo que tenía proyectado en esa hora totalmente sola y suya, en que ninguna presión exterior podría perturbar su juicio. Es claro que, en el fondo de sí mismo, sabía que en esa hora o en otra cualquiera, en su pieza o donde fuera, sería imposible modificar un milímetro la dimensión exacta y pura de su decisión. Estaba tan seguro de su verdad que no había vacilado en darse este pequeño respiro, que además servía maravillosamente a sus planes.

Así pues, se retiró de un limpio salto a las nueve de la mañana del lunes anterior, en que "el viejo" lo mandó llamar a su oficina.

Recordaba con nitidez todas las circunstancias. Ese lunes se levantó con el cuerpo malo, más que de costumbre, aprovechando que Lucía volvió tarde del pueblo el domingo. Reconocía honradamente que se había excedido con largueza de la ración prefijada para los domingos, pero sabía asimismo que ello no significaba un aumento permanente. Estaba en consecuencia con la conciencia tranquila, pero, naturalmente, eso no era motivo para dejar de tomar el dedalito que acostumbraba consumir antes de presentarse ante "el viejo".

Con su habitual golpecito, entre tímido y desafiante, entró a la oficina y se quedó en su rincón de costumbre, entre la mesa escritorio y el estante de la derecha. Como de costumbre también, se quedó mirando impávido los ojillos cerdosos y malignos de su jefe,

en los cuales, lo recordó después, brillaba una inusitada chispa de satisfecha mala intención.

Con el mismo amplio gesto de la mano derecha con que acostumbraba empezar sus reconvenciones, comenzó la cantinela con que lo había estado molestando ese último tiempo, cada dos o tres meses. Hacía ya varias sesiones en que él había optado por no hacerle caso, entreteniéndose en mirar el curioso aspecto que presentaba esa cara mofletuda, sebosa y repelente, y que se hacía increíble por los anteojos fríos y redondos cabalgando en la punta de la nariz, muy lejos y debajo de los ojillos. Siempre se había preguntado si es que vería bien en esa forma y a veces tuvo tentación de mostrarle la lengua, sólo por ver si se daba cuenta. Nunca se atrevió a tanto, sin embargo.

De pronto, algo hubo que lo hizo poner atención. Meditándolo después, había llegado a la conclusión de que fué una inflexión nueva en la voz al pronunciar las palabras: "desde la muerte de su mujer". El hecho es que súbitamente tuvo que concentrar toda su atención en lo que "el viejo" decía. Y lo hizo a tiempo porque de otro modo tal vez no se habría enterado. Paró atención justo cuando, en la parte final, "el viejo" acostumbraba hacer un resumen seco y claro de todo su difuso discurso anterior. Vibraban las palabras en su oído: "desde la muerte de su mujer usted no es el mismo; su trabajo se resiente, su salud se perjudica; la oficina marcha mal. En consideración a sus años de servicios y a su hija, la gerencia ha decidido trasladarlo a la oficina "La Gloria". Arregle sus cosas y esté listo para salir el viernes en la mañana".

Con su habitual "muy bien, señor", y sin saber cómo, se encontró de nuevo abriendo la puerta después de haber tropezado en el estante, cosa que no le ocurría desde quince años atrás.

Llegó lentamente hasta su escritorio y se sentó, con las manos cruzadas, mirando sin ver las cuentas que había estado revisando antes de pararse. Le fué imposible recordar después cuanto tiempo permaneció en esa actitud y ni siquiera pudo calcularlo. Sólo supo que en algún momento retomó los papeles, los leyó sin verlos y se

mantuvo todo el día alelado, moviéndose y hablando y haciendo todo lo que diariamente hacía pero sin tener conciencia de ello. Exactamente como si sólo su cuerpo hubiera intervenido mientras su espíritu y su conciencia toda sólo tenían ojos para una inmensa palabra pintada detrás de su frente que decía: *traslado*.

Ese día como todos, almorzó con su hija, contestó a sus preguntas y al irse le dió el mismo cariñoso beso de costumbre. Pero era como si no lo hubiera hecho él. En la tarde, recordaba haber salido media hora antes y tenía presente incluso los maliciosos gestos adivinados de su ayudante que empinaba imaginariamente el codo a sus espaldas; pero en cierto modo sentía que eso no le tocaba, que el gesto estaba dirigido a otro.

Vivió así, sin saberlo, sin saberse, hasta el martes a las cuatro. Tampoco le preocupó mucho investigar ese lapso. Le bastaba con exceso saber que el martes, a las cuatro, había despertado; y de qué asombrosa y luminosa manera.

Sabía que había sido a las cuatro en punto por una razón muy sencilla. El salía todos los días de su oficina un minuto antes de las cuatro para tomar once en su casa. Todo los días, a las 4.01, estaba doblando el picaporte de la puerta de calle. Y la herrería estaba justamente a un minuto de su oficina y de su casa, en el justo medio. Desde hacía quince años recorría diariamente, a la misma hora, el mismo camino y sabía exactamente a qué atenerse. Fué pues a las cuatro de la tarde que, pasando frente a la herrería, le hirió los ojos el destello del sol sobre un hacha que afilaba el hierro. Y el destello no solamente le hirió los ojos sino que lo traspasó y le llenó el cerebro de calor y de luz. De pronto sintió que la vida, que tan completamente le había huído, volvía de golpe a llenarle las venas de fluyente sangre, los ojos de clara visión, la mente de renovada actividad. Se sintió nuevo, como recién nacido, exactamente como cuando lleno de ardor y energías, la mente poblada de mirajes fascinantes, se internaba en la pampa, para sus vacaciones, en busca de soledad, de infinito, de paz y comunión con el ámbito inmenso. Después de la desesperada ausencia anterior, este estado

de pura vida y ansiosa expectativa le pareció más milagroso y extraordinario que nunca antes.

Siguió andando, en realidad no alcanzó a detenerse, con un paso que aunque igual, era ahora gozoso y ardiente, sólido y asentado, seguro, poderoso.

Vió su vida delante de sí toda de un golpe, sin vacilación ni temor, plena, completa, perfecta. Supo de inmediato lo que tenía que hacer, en general y en particular; en globo, como una esfera que gira frente a los ojos y en detalle, en cada una de sus divisiones interiores.

Conoció de una vez todas y cada una de las cosas que tenía que hacer, las grandes y las chicas; el hacha y el cajón de su velador, el vaso de agua y la persiana, la hora y los movimientos. Todo, como si en una película hubiera pasado el rollo entero en una fracción de segundo sin que por ello se perdiera uno solo de los cuadros.

Fué un instante victorioso y amargo. Amargo, porque aunque el todo era grande y perfecto, era justamente todo, sin nada antes ni nada después.

En todo caso, después no le quedó lugar para repensar esta amargura porque el tiempo de que disponía era poco y lo necesitaba para extender de nuevo, lentamente, el rollo de su película, gozarlo y realizarlo.

Volvió a la oficina a las cinco y de paso le dejó su hacha al herrero para que la afilase. A las siete, de vuelta, la retiró y la dejó en su sitio de costumbre, al lado del hogar. Se encerró después en su pieza, avisando a su hija que ese día no comería. Solía hacerlo así a menudo y la costumbre lo dispensó de dar explicaciones.

Empezó, pues, en esta misma pieza en que ahora estaba, a desenvolver de nuevo su película. Y la vió y la gozó, ahora lentamente, con la misma intensidad y pasión que en el relámpago frente a la herrería. Pudo permitirse, inclusive, algunas ampliaciones de su cosecha. Recordar golosamente el intenso goce cotidiano de su renovado amor por la hija, que cada día más se acercaba al inaccesible ídolo que fuera su mujer. Ese renoval de su sangre que milagrosamente, por

un obsequio del destino, le venía recordando cada vez más a aquella que nunca creyó volver a encontrar. La exacta coincidencia entre su amor filial y el respeto, adoración y orgullo que ella sentía por su padre. La íntima y perfecta comunión que la tumba de su mujer establecía entre los dos. La precisa conciencia, a veces murmurada, que no expresada, de la imposibilidad de una separación.

Todo desfiló ante su vista, una y otra vez, interminablemente, incansablemente, y todo unido, en unión beata e íntima, a lo perfecto, lo justo, lo completo de su decisión. Nada quedaba al azar, ningún cabo suelto que pudiera desentonar, ninguna arista, nada chocante. Una esfera perfecta girando, girando, visible en su todo y en sus más mínimos detalles.

* * *

Salió lentamente de su abstracción y su mirada tenue seguía igual, recorriendo sin rumbo ni fijeza el cielo blanco y desnudo de su pieza.

Recordó ahora con exactitud lo que tenía que hacer y ello le trajo a la memoria la figura de su esposa. Nunca había tenido dificultades para verla, salvo en los primeros tiempos después de su muerte y acostumbraba dedicarle una velada entera cada cierto tiempo. La vió ahora nuevamente con sus ojos profundos y su sonrisa sabia, cuando la acomodaba para el sueño la noche en que murió. Estaba gravemente enferma y sabía que debía morir en cualquier momento, de modo que todas las noches le renovaba su promesa de que lo esperaría allá arriba. Con su voz suavemente grave le repetía con dulzura: "no te aflijas, alma mía, que yo te estaré mirando y cuanto tú mueras, te saldré al encuentro, como siempre". La callaba él entonces con un beso largo y triste y le murmuraba su cariño con palabras locas, arrullándola hasta que el sueño la vencía.

La semana que siguió a su muerte, silenciosa y suave como ella misma, su razón huyó y con ella su conciencia y su memoria. Só-

lo recordaba el momento final de su locura, en el cementerio, cuando de pronto vió a su hija, chica de doce años, poniendo flores en la tumba. Mirándola comprendió súbitamente su desgracia y se dió cuenta de que tendría que postergar la reunión con su esposa hasta que Lucía fuera grande. Porque su propósito indudable había sido suicidarse en cuanto su mujer muriera.

¶ Pero ahora vió que eso era imposible y que su obligación era velar por la hija, por lo menos hasta que dejara de necesitarlo. Fué entonces cuando arrodillado frente a la sepultura, con Lucía de la mano, hizo la solemne promesa de no separarse nunca de ese pedazo de tierra, hasta que pudiera reposar en él.

Después habían empezado a ocurrir cosas extrañas. De muchachuela desgarbada y huraña, Lucía había ido convirtiéndose lentamente en mujer, y ahora, a los quince años, era una réplica exacta de su madre. Largas noches había meditado sobre esto y no había podido descubrir el significado trascendente de ese asombroso parecido. Pensaba a veces que podría ser una advertencia, una previsión de su mujer, que con ello quería darle a entender que no lo había abandonado del todo, puesto que renacía en su hija. Otras creía que era para indicarle la necesidad de dedicarse por siempre a la hija, en cuyo cuerpo se había instalado el alma de su mujer para hacer menos dura la espera de su reunión final. Pero estas eran meras divagaciones que no lo satisfacían; sabía que la verdad era otra, pero no la había podido encontrar.

Este fué uno de los motivos que lo impulsaron a dedicarse más a la bebida que a su trabajo, lo que a su vez había provocado la decisión de su imposible traslado.

Así fué que, al recibir el luminoso destello del hacha, con su mensaje terriblemente liberador, se dió cuenta de inmediato de toda la verdad: su hija no vivía; estaba muerta, tan muerta como su mujer; la apariencia de vida que en ella había no era más que el poderoso soplo de la voluntad de su esposa que, reencarnada en ese cuerpo ajeno y propio, lo acompañaba oculta en espera de que él se decidiese por fin a hacerle compañía. Esa era la verdad y entonces

su camino estaba perfectamente claro. Si no procedió esa misma tarde fué porque quiso darse el placer de pensar y repensar en el próximo encuentro, de gozarlo por anticipado.

Además, cumplía un fin secundario pero importante al hacerlo en la mañana, sabiendo que la detonación habría de coincidir con el momento en que "el viejo" estaría preguntando por él, extrañado de su atraso. Sabía lo aprensivo que era y estaba seguro de que unido a todo, esa coincidencia ayudaría a resarcirlo de su odio.

Ahora empezó a sentir, primero en forma lejana, poco a poco más precisa, el conjunto de ruidos que anunciaban la preparación del desayuno. Lucía ya se había levantado y dentro de poco estaría prendiendo fuego en el viejo hogar.

Con un movimiento lento y medido echó atrás la ropa para salir de la cama y al hácerlo cayeron la botella y el vaso con algún estrépito. El ruido lo sobresaltó. Se levantó violentamente y se sentó al borde de la cama con los ojos fijos en un rincón, un poco anhelante y como asustado. Se agarró firmemente al borde del catre, con la cabeza gacha, escuchando; escuchando el ruido de la sangre en su cabeza que burbujeaba furiosa, con una sensación quemante como la palpitación de una muela adolorida. A poco, sin embargo, volvió la calma y sonrió sin ganas al comprender que la revolución que de pronto sintiera fué sólo el exceso de alcohol en su cabeza.

Tomó sus pantalones y se los puso de un golpe; calzó las zapatillas, sacó el pequeño paquete del cajón del velador y abrió la puerta, serio, con los ojos duros y sólo el recuerdo de una sonrisa en los labios.

Sus pasos lentos, medidos, tranquilos, se perdieron escalera abajo en dirección a la cocina.

Eran las ocho y media. A las ocho cuarenta y cinco se sintió en la oficina un fuerte estampido. Justo el momento en que "el viejo" terminaba de ordenarle al mozo que fuese a casa del contador a averiguar el motivo de su atraso.

* * *

Aunque los hechos estaban claros, la respuesta nunca fué del todo coherente para "el viejo". Si los que algo supieron de la historia imaginaron una sonrisa irónica en la cara perdida del contador, ni su cuerpo en el patio, ni el de su hija junto al hogar dieron motivo alguno para ello.

